

sinato en el corazon. Nos llaman sus hermanos y nos amenazan; se dicen hermanos nuestros y levantan el puñal contra nosotros; gritan viva la fraternidad y quieren asesinarlos! ¡Y estos son nuestros hermanos porque nos prometen el paraíso terrestre, preparándonos para conseguirlo el reino del terror? Señores, este es el fratricidio perpetuándose en la raza humana, es Cain que va en busca de Abel para herirle y llamarle hermano á un mismo tiempo!

Tal es la fraternidad por la cual se aboga en nuestros foros, y cuyo pendon hemos visto flotar en el aire durante una de nuestras tempestades revolucionarias. Hoy mismo, á pesar de nuestra experiencia y del siniestro brillo de esa ráfaga fraternal, creo percibir todavía las esperanzas que se fundan en esa palabra seductora! En Francia es terrible la fuerza de las palabras. Somos de tal condicion, que cuando nos dejamos seducir por un sentimiento ó por un error, la palabra que lo espresa ejerce sobre nosotros un influjo tan misteriosamente poderoso, que nos lleva precisamente con su magia al extremo opuesto de lo que indica, y sucede, por desgracia nuestra, que de una voz enteramente pacífica hacemos un canto de guerra que al salir de nuestros labios mata como el rayo.

¡Qué quiere decir fraternidad? Hace algunos años que nosotros mismos dimos la definicion de esta palabra al tratar de la caridad y buscando en nuestra fe las basas doctrinales del amor fraternal: he aquí nuestra definicion: "La fraternidad es la unidad entre muchos seres que viven reunidos." En ese discurso dijimos, buscando las raices primitivas de la fraterni-

dad, lo siguiente: "La fraternidad es la pluralidad de seres que se llaman hermanos, juntándose en la unidad del sér que se llama Padre." Pero esta definicion solo esplica la esencia de la fraternidad, y manifiesta su substancia considerada con respecto á lo que le es mas íntimo. Debemos definir ahora la fraternidad en sus efectos exteriores y en toda su fuerza productora: es decir, la estudiaremos como elemento del progreso social.

La fraternidad, considerada como condicion del perfeccionamiento social, puede definirse de este modo: "es el acto voluntario y afectuoso de lo que el hombre tiene y de lo que el hombre es, en favor del bien y del perfeccionamiento verdadero de los demas." Dar á los otros voluntariamente y por su bien, algo de lo que se tiene, es ejercer un acto de fraternidad; la unidad entre muchos, que es el fin verdadero de la fraternidad, no se manifiesta sino por medio de esta accion efectiva para los demas, participar con ellos lo que uno posee ó trabajar por su bien en la sociedad. Digo dar voluntariamente, porque entre dos seres dotados de libertad, no se concibe de otra manera una accion fraternal sino por medio del don voluntario y la libre comunicacion.

Esta es, señores, la verdadera fraternidad, la única capaz de realizar el progreso que nos deja entrever esta palabra; así entendemos nosotros que debe comprenderse la fraternidad íntima y substancial segun nuestra definicion: la unidad entre muchos seres. Cuanto mas procura el hombre dar á otro algo que le pertenezca ó que tenga relacion con él, mas ejerce un acto verdaderamente fraternal; y por lo con-

trario, á medida que procura mas el hombre atraerse lo que á otro pertenece, menos fraternal es en su accion. El que da ó quiere dar, manifiesta un acto de fraternidad; el que quiere coger ó solo quiere recibir, éste pone de manifiesto el individualismo.

Esta diferencia es elemental, pero capital; é importa tanto mas fijar en ella su atencion y hacerla resaltar, cuanto que los filántropos de estos tiempos que se proponen establecer entre nosotros el reino de los falsos hermanos y sumirnos en el caos con las ideas disolventes que quieren arraigar en la sociedad, se han atrevido á sostener, sin sonrojarse y con toda la fuerza de su elocuencia, que debe fundarse una sociedad fraternal, pero no con la fraternidad que da, sino con la que quita; no con la fraternidad que hace participar á los demas de su propio bien, sino con una fraternidad que exige de los demas el bien que poseen. Los que sostienen principios tan antisociales, son los egoistas, señores, los que pronunciando sin cesar el dulce nombre de hermanos, apenas limitarían su desmedida ambicion á recibir una parte de los bienes ajenos, y tal vez quisieran emplear la fuerza para apoderarse de todos ellos. No quieren admitir la fraternidad que nace de la caridad, sino que quieren imponer por medio de las leyes esta caridad organizándola á su modo; quieren que la ley mande, exija y ponga tasa á lo que el hermano debe dar al hermano. Por mucho que la caridad voluntaria les dé, nunca será bastante segun ellos, porque quieren que la ley, la fuerza de la ley sea quien establezca el reinado fraternal. La gran familia humana cuenta en su seno pobres y ricos; pero los filósofos nos dicen

que esa diferencia es una injuria hecha á la humanidad y un insulto hecho á la Providencia. No mas pobres y ricos, esclaman, ó por mejor decir: es preciso que seamos ricos todos, porque no debe haber pobres; la riqueza nos pertenece de derecho. Y para presentar á los ojos de Dios el espectáculo de la fraternidad universal, proponen un medio sencillo: "Oblíguese por la ley á todos los ricos, dicen, á entregar á los menesterosos todo lo supérfluo que ellos poseen; hágase de modo que los hermanos ricos den á los hermanos pobres aquello de que carecen; y tal vez será mejor, agregan, que en compensacion de los males pasados, se dé á los hermanos pobres lo que poseen los hermanos ricos, para que á su vez sean ricos los pobres." Y si así fuese, señores, una vez que esos verdaderos hermanos se hubieran colocado al frente de la familia humana, veriais de cuánto son capaces para formar el paraíso terrestre estos á quienes la injusta reparticion de los bienes de este mundo les hace considerar la tierra desde hace seis mil años como una especie de infierno!

Señores, veamos con el desprecio del sabio esas locas utopias que quieren conseguir lo imposible invocando lo absurdo, y que para destrozár el orden social ofuscan con falsas doctrinas el espíritu humano. Quiera Dios, señores, que las leyes sean siempre las que se encarguen en las naciones de defender los derechos de todos y los de cada uno; no queramos que ellas se den el trabajo de fundar una fraternidad que no es de su resorte; lejos de nosotros la idea de someter al dominio de la justicia lo que no debe tener otro principio que el amor de la humanidad. Ni

por un momento siquiera admitamos esas teorías de fraternidad inventadas por el egoísmo, y antes por lo contrario, penetrémonos todos y cada uno de nosotros de estas verdades enseñadas por el cristianismo. Para que reine entre nosotros todos el bienestar y la dicha hasta donde le es posible á una sociedad humana, hagamos en bien de los otros cuanto dependa de cada uno; teniendo siempre delante de los ojos estas máximas evangélicas: amemos al prójimo como á nosotros mismos; demos una parte de nuestros vestidos para cubrir las carnes al desnudo; partamos con él nuestro pan para que mate su hambre; procurémos libertar á los hijos de Dios de la servidumbre humana para que gocemos juntos despues bajo el yugo del mismo Dios; y si es preciso derramar nuestra sangre por nuestros hermanos, sacrifiquémoslo todo por ellos, como Dios se sacrificó por nosotros! He aquí, señores, la fraternidad y el sentido que darse debe á esta palabra, si se quiere evitar que, en vez de que á su nombre se reunan todos los elementos que deben guiarnos por la senda del verdadero progreso social, se convierta esta palabra en una arma que tarde ó temprano herirá de muerte á la sociedad, y sea la enseña, en fin, del pillaje, de la matanza y de la barbarie.

Antes de terminar, señores, forzoso nos es indagar cuál es el poder capaz de crear esta fraternidad.

## II.

Dos son, señores, los sistemas que se disputan el porvenir en la época presente, en medio de todas las opiniones y de todas las doctrinas que están en pugna incesante para obtener la primacía. Uno de estos dos partidos sostiene que el reino de la fraternidad debe nacer de la naturaleza, y solo de ella; así, los racionalistas, los panteistas y los socialistas vienen á converger en un mismo pensamiento; quieren obtener el desarrollo de la fraternidad sin mas auxilio que la fuerza de la naturaleza humana. El otro, al contrario, afirma que el progreso de la fraternidad se apoya en un principio sobrenatural, y que el bien y los sacrificios que por la humanidad se hagan, reconocen una fuente mas elevada que la naturaleza; es decir, el amor mismo de Jesucristo. El primero abandona al hombre á sus propios esfuerzos y al impulso de la naturaleza, pretendiendo que ella por sí sola produce la fraternidad como los frutos el árbol; el segundo concede al hombre una fuerza de que carece la humanidad, y sin negarle ninguna parte de esta fuerza, sostiene que el espíritu de fraternidad nos viene de Dios, y que Jesucristo fué quien lo encarnó en la naturaleza humana. ¿Cuál de estos partidos sostiene la verdad? He aquí lo que pasaremos á examinar.

Ni un momento siquiera dudaremos en escoger entre estas dos doctrinas, porque no basta la naturaleza para producir por sí sola la fraternidad que espe-

ran y solicitan los hombres de nuestro siglo; entregada á sí misma, la naturaleza, lejos de conseguir este bello ideal, lo aleja de sí, lo rechaza. Por muy triste que sea confesarlo, menester es decir que todos los sistemas quedan destruidos por los hechos, porque las tendencias humanas son en su principio antifraternales: hace seis mil años que existe el mundo sin que la naturaleza del hombre haya producido hasta ahora la fraternidad social. Algunos reformadores modernos se hacen acerca de esto ilusiones que podríamos llamar agradables, si no conociéramos que pueden llegar á ser terribles. Según Rousseau, los hombres nacen buenos, y lo único que deben temer es la perversidad social; estos filósofos afirman y juran que la naturaleza humana es en el fondo recta, buena y generosa. Llevando mas adelante sus quimeras, creen que los hombres llevan consigo al nacer todas las virtudes sociales; que la fraternidad es innata en el corazón humano; que con solo desarrollarla, cada uno de nosotros es bueno, generoso, desprendido y virtuoso en grado heroico y capaz de ejercer los actos de humanidad mas admirables. Es ciertamente digna de admiracion esta creencia, á la cual podemos llamar infantil. Con solo estudiar un poco la naturaleza humana, se encontrará en ella una cosa que desvanece todas las ilusiones que acerca de su bondad pueden concebirse. Esta cosa áspera, dura y enemiga del bien comun, que quisieran ocultar todos los que la sienten en su corazón, es señores, el egoismo, es decir, el sentimiento contrario á la fraternidad. Por muchos sistemas que se inventen para fundar el reinado del bien, de la inocencia y de la armonía, no po-

drán todos ellos reunidos torcer el órden de la naturaleza, que será siempre el mismo.

No queremos sentar el principio de que nada tiene de bueno, legítimo y generoso la naturaleza humana. Sabemos que Dios dotó al hombre de un fondo de bondad que forma, por decirlo así, su sér, y de ningun modo queremos ultrajar á la naturaleza humana suponiéndola exenta de toda bondad. Sabemos igualmente que el hombre ha sido enriquecido con instintos nobles; pero de ninguna manera destruye esto lo que dijimos antes. Sea cual fuere la causa del hecho, el hecho existe: la naturaleza por sí sola no despierta en los hombres el espíritu de fraternidad, y este fenómeno histórico, aplicado al conjunto de la sociedad, es un hecho que no tiene réplica.

¿De dónde proviene este fenómeno que es la cuestion fundamental entre la fraternidad verdadera y la que no lo es? Nosotros, los cristianos católicos, hallamos la esplicacion del enigma en el pecado original. El pecado, que empezó por romper todo lazo de union entre el hombre y Dios, rompió en seguida toda union del hombre con el hombre. Una vez separado de Dios, quedó reducido el hombre á sí mismo, víctima de la fuerza egoista que le separó de Dios. Desde entonces, no solo se sintió el hombre separado tambien del hombre, sino que conoció que era su propio enemigo. Habiendo desconocido á Dios, necesitó, así como Satanás, convertirse en centro de sí mismo y absorberlo todo en sí. Se esparció por la tierra llevando solo en su seno sentimientos antifraternales y egoismo y adoptando las siguientes máximas: para mejor amarse uno á sí mismo, es preciso aborrecer á los de-

mas; para mejor gozar uno de sí mismo, es necesario separarse de los demas; para ser mas rico, es fuerza despojar á los otros; para que sea uno mas libre, deben los otros ser mas esclavos; para mejor vivir, es fuerza matar á los demas. He aquí la inclinacion natural del hombre desde el pecado original. ¡Cómo, pues, quieren crear la fraternidad con solo la naturaleza? Empezad vuestros ensayos en oriente y seguidlos en occidente; tratad de ponerlos en práctica hoy ó mañana. ¡Inútiles esfuerzos! La naturaleza es siempre y en todas partes la misma, y responderá á vuestros sistemas con el desengaño.

Luengos años hace, señores, que la esperiencia ha desmentido todas las teorías. Si ese monstruo llamado egoismo no fuera sofocado desde hace seis mil años por los instintos fraternales mas poderosos que él y que están sembrados en el corazon del hombre, naceria de ese misterio de la naturaleza negado por los que no quieren conocerlo, una historia espantosa que duraria hasta el fin del mundo. Si estudiamos la historia humana del otro lado del Calvario, observaremos que solo existia en las sociedades paganas una sombra cadavérica de la fraternidad: notarémos que el hombre no ama á sus semejantes. Cuando los historiadores, los poetas ó los moralistas de la antigüedad, hallan entre sus hombres á dos que se aman verdaderamente uno á otro, contemplan este espectáculo con el mismo placer con que el viajero que despues de haber atravesado el árido desierto se detiene para gozar de la vista de un rico prado donde la naturaleza ha prodigado todos sus dones. La amistad misma es casi entre ellos una escepcion de la na-

turalidad humana, y el interes que tomamos en sus obras por un verdadero ejemplo de amistad, nos prueba mas que todo lo raro que se nos hace encontrar esa flor en aquel jardin humano que habia sido destrozado por el egoismo. Quizás admiramos á Aquiles y Patroclo, á Niso y Eurialo que son los héroes divinizados por los genios de Homero y Virgilio, porque contrastan notablemente con el fondo de la humanidad pagana donde el egoismo habia sofocado todo espíritu de fraternidad. A medida que el espíritu fraternal desaparecia, no quedaba en la sociedad pagana mas que el egoismo; egoismo que daba á la humanidad tristes ejemplos, pues siempre y en todas partes hacia brotar con distintas formas el rencor entre los hombres, la miseria, la servidumbre y la muerte; elementos todos ellos contrarios á la verdadera fraternidad.

Sí, señores, la fraternidad ha venido á unir á la humanidad, que tan dividida estaba por el egoismo pagano. En aquellas sociedades no se veia como en las cristianas la desigualdad de clases y de condiciones sociales; solo se veian castas de las cuales no era posible salir, ó en las cuales no era fácil penetrar; razas separadas de las otras por exigirlo así un aislamiento egoista que jamas han conocido los pueblos cristianos. Todavía podemos citar ejemplos hoy mismo para demostrar lo que es la sociedad pagana. ¡Quién separa á los habitantes de la China, de la India y del Japon, del resto de la humanidad, á pesar de los esfuerzos que se han hecho durante tantos siglos para romper esa barrera? ¡Quién causa la gran division que existe entre los pueblos de Oriente, que están

mas separados de nosotros que el resto de las sociedades? Si la naturaleza produce efectivamente por sí sola la fraternidad entre los hombres, ¿por qué no existe entre los orientales mas que la lucha eterna y tradicional de sus castas, por qué entre ellos esa division tan antisocial?

¿Por qué rechazan esos pueblos los esfuerzos generosos hechos por la civilizacion europea y por la caridad cristiana en favor de su bienestar y progreso? Tres siglos hace que tendemos una mano amiga á la China, sin que nuestros esfuerzos, hechos á cuatro mil leguas de distancia, hayan pasado de las playas de sus mares. ¿Acaso dejan de ser hombres los que nacen en Oriente? ¿De dónde proviene ese aislamiento sistemático y esa salvaje necesidad de separarse del resto de los hombres si efectivamente la naturaleza humana produce por sí sola la fraternidad humana? Señores, entre esos hombres tan orgullosamente separados de los demas, reina el egoismo en toda su fuerza como sucede siempre en las naciones donde no se conoce el reino de Jesucristo; porque en Oriente, como en todas partes, engendra ese egoismo la division y la separacion, enemigas ambas de la fraternidad humana.

Otro fenómeno nacia de las sociedades paganas, y era la pobreza pública, pobreza que no se conoce en nuestros tiempos, y de la cual apenas tenemos una ligera idea. La naturaleza humana posee un sentimiento antisocial que nace con ella; y este sentimiento es el deseo de enriquecerse con los bienes ajenos; y la sociedad pagana no podia oponer ninguna barrera á esta inclinacion. El resultado producido en

todas partes por esta inclinacion, que se consideraba como natural, era que unos poseian todas las riquezas y otros todas las miserias. Cuantas protestas haga la filosofia no serán bastantes á torcer la ley de la naturaleza, que semejante á un rio, seguirá tranquila su curso dejando á los filósofos que declamen cuanto quieran. Este fenómeno, siempre viejo, es tambien siempre nuevo, y podemos persuadirnos fácilmente de ello. Contemplad el repugnante espectáculo que en el siglo diez y nueve presenta el *celestes imperio*, que vive tan insolente como orgulloso en medio de su bárbara opulencia. ¿Cuántos seres humanos mueren de hambre en la China todos los años? Ignoro cuántos serán, pero entiendo que no tienen número. Y esto sucede en poblaciones grandes desde las cuales se ven las riquezas agrícolas de sus mandarines que gozan al parecer con la miseria de sus semejantes. ¿Qué hace en China la fraternidad humana para cortar tanta miseria, tantos males y tantas desgracias? ¿qué hace para destruir tan monstruosa desigualdad? Lo que hizo en Atenas y en Roma. ¿En qué parte hemos visto los efectos producidos por la fraternidad ateniense? ¿qué recuerdos nos ha dejado la fraternidad romana? ¿dónde encontraremos algo que nos demuestre lo que era la fraternidad egipcia? ¿Conservais algun recuerdo de que dos romanos ó dos atenienses hayan legado sus bienes en favor de los pobres para evitar que muriesen de hambre? ¡Oh! á los hombres de esa época ni siquiera les ocurría la idea de pensar en los demas, á pesar de que quieren pintarnos tan humanos. Solo el cristianismo ha sembrado la fraternidad entre los hombres, solo él ha pre-